

rojos y frescos; los ojos grandes y azules, estaban sombreados por rizadas pestañas: en su frente, pálida y tersa, caían algunos rizos de su abundante y rubia cabellera.

Apoyábase en el brazo de un apuesto joven, al que dirigía amables sonrisas é intensas miradas. Este joven era su prometido y se llamaba Carlos. Mucho tiempo hacía que los dos jóvenes se amaban, con beneplácito de sus padres, que aprobaban aquel cariño mútuo. Por indicaciones de estos, el enlace debía verificarse dentro de breve tiempo.

José Morán veía á la feliz pareja con furor reconcentrado procurando ahogar su despecho con repetidas libaciones. En un momento en que Cármen quedó sola, José se acercó á ella y le dijo, medio ébrio por el vino y los celos:

—Por última vez, Cármen, escúchame y olvida el amor de ese hombre á quien me has hecho odiar desde que sé que lo amas. Dime que serás mía ó, á lo menos, que no serás de otro.

—Nada te autoriza para hablarme así, respondió Cármen. Jamás te he dado ni la más remota esperanza, porque mi corazón no es libre. Por última vez te digo que lo amo y que nada me hará renunciar á él.

—¿Ni aún el temor á la muerte?

—Ni aún la muerte misma.

—Piensa que mi venganza será terrible.

—Te vuelve loco el vino.

—Podrá ser; más te juro que si te unes á ese hombre, los dos moriréis.

Cármen tembló al escuchar las últimas palabras. José se retiró lanzándole miradas amenazadoras.

La aurora del día siguiente, vió terminar la alegre fiesta; la concurrencia comenzó á volver á la ciudad, sustituyéndose el silencio á la alegre animación que momentos antes reinaba en la quinta.

Un mes después, se celebraba el enlace de Carlos con Cármen, al que nuestros lectores han asistido. Sin duda no habrán olvidado las amenazadoras palabras que José Morán lanzó en el templo, turbando la augusta ceremonia.

VI.

EL PASO DEL ÁGUILA.

En un lugar, el más escabroso y sombrío de la cordillera de altas montañas que cual la espina dorsal de un enorme cetáceo, se avanzan hacia la vasta llanura en que se asienta la ciudad de Chihuahua, hay un profundo desfiladero flanqueado por elevadísimas rocas que parecen cortadas á pico: el lugar parece inaccesible á la planta del hombre. Al oír zumbar el viento por el estrecho y tortuoso cañón, y al ver perderse entre las nubes los agudos filos de sus rocas, se supone uno, desde luego, que solo el águila audaz puede plantar sus nidos y posar sus garras sobre aquellas empinadas cimas.

En el fondo de este desfiladero hay una espaciosa cueva á la que sirve de techo la pura roca, tan elevado que puede un hombre á caballo penetrar allí sin encontrar ningún obstáculo. La entrada es ancha y el recinto espacioso.

Esta cueva sirvió, sin duda, en no remotos tiempos para albergar á las errantes tribus de indios salvajes que aterrorizaban con sus depredaciones á los pueblos de la frontera. Conduce á ella un sendero estrecho y que forma mil curvas, interponiéndose á cada paso hondos precipicios ó enormes peñascos. Solo el que hubiese estudiado detenidamente la entrada, podría dar con ella salvando los mil obstáculos que por todas partes se hallan.

El día mismo en que hemos visto á José Morán comunicar sus órdenes á los diez hombres que reunidos lo aguardaban en la casa del baño del Jordán; antes de que el sol comenzara á ocultarse detras del desfiladero del "Paso del Águila", estaban ya todos reunidos en aquel sitio á donde su Jefe los había convocado. Todos ellos llegaban montados en magníficos caballos y todos parecían diestrísimos ginetes. Martínez, que en ausencia de Morán, parecía tener el mando de aquella gente, había alojado hombres y caballos en el interior de la cueva, y nada perturbaba el silencio de aquellos agrestes sitios: hubiérase dicho que no había por allí ningún sér viviente.

Ya el sol se había ocultado quedando solo en el horizonte los pálidos tintes de sus últimos rayos, cuando

Morán apareció al frente de la gruta, ginete en brioso alazán. Penetró con brío en el interior y apeándose llamó con imperio á los suyos:

—¿Estamos todos reunidos? preguntó.

—Todos; contestaron muchas voces.

—¿Dónde está Martínez?

—Aquí Señor; respondió el interpelado, acercándose.

—¿Has traído la mula con la carga?

—Sí Señor, y ya he repartido los "habíos."

—Muy bien, ahora á arreglarse por que en seguida saldremos. Lo que Martínez había llamado "los habíos" no eran otra cosa que varios calzones de piel, algunos arcos y flechas iguales á las que llevan los salvajes, once pares de "teguas" ó sea el calzado que los barbáros usan, formado de piel cruda y toscamente cosido con correas de la misma piel; buen número de armas de fuego y muchos plumeros adornados de cuentas de colores y relumbrantes espejos: en fin, todo lo necesario para transformar á los once hombres en verdaderos apaches.

Desde luego comenzó la transformación: todos empezaron á embadurnarse la cara y los brazos de color rojo; se pusieron los calzones de piel y las teguas, adornando sus cabezas con largas cabelleras de crin y poniéndose los plumeros. Morán hacía esto con prontitud y habilidad, dando lecciones á los demás.

El disfraz era completo: nadie hubiera podido conocer las verdaderas facciones de aquellos hombres.

Concluido este trabajo se rodearon del fuego que habían encendido, y cenaron con gran apetito las provisiones que tenían; después se tiraron en el suelo á esperar la orden de marcha. José tenía absoluta confianza en aquella gente. Todos eran mozos de sus haciendas y ejercía sobre ellos el dominio del amo sobre el criado; además les había ofrecido un rico botín y ante esta promesa, todos le habían jurado seguirlo en las peligrosas correrías que se proponía emprender.

Como á la media noche, el Jefe de la banda se puso en pie y pidió el caballo y montó sin más silla que un pedazo de piel tendida sobre el lomo del brioso animal. A su ejemplo, todos hicieron lo mismo marchando formados en compacta hilera por veredas apenas conocidas.

VII.

EL ASALTO.

La extraña tropa se deslizaba sigilosamente á favor de las sombras. A la tenue claridad de las estrellas se le veía avanzar siguiendo las mil vueltas del camino: parecía una gran serpiente que se mueve dislocando sus anillos y formando cien curvas; apenas si se oían las pisadas de los caballos.

Morán iba á la cabeza y pocas veces titubeaba en el sendero que debía seguir: comprendíase que todos aquellos vericuetos le eran perfectamente conocidos. Así

anduvieron sin descansar un solo momento, todo el resto de la noche.

Cuando la aurora comenzó á teñir con su alegre albor los lejanos confines de Oriente, la tropa había llegado á una abrupta quebrada que iba á desembocar á muy corta distancia del camino carretero que conduce de Chihuahua á la ciudad de Hidalgo del Parral. Gracias al camino de travesía que el experto guía había seguido, los fingidos indios habían traspuesto en pocas horas una gran distancia.

El Jefe mando hacer alto en la profunda garganta que los ponía á cubierto de toda mirada, y él se dirigió á una altura inmediata desde donde la vista abarcaba gran trecho del camino: allí esperó algunas horas. Como á las once de la mañana dejóse ver en uno de los recodos del camino, una nube de polvo; y en seguida, se distingió una diligencia que avanzaba rápidamente. Venía conducida por dos hombres que ocupaban el pescante, y cargaba muchas barras de plata que los comerciantes del Parral mandaban á la casa de moneda de Chihuahua.

Mucho tiempo hacía, que la seguridad de aquellos caminos era absoluta: varios años habían pasado sin que se diera ningún caso de robo, siendo tal la confianza que, lo hemos dicho, aquella plata no llevaba más escolta que los que conducían el coche.

Cuando éste se acercó más, José Morán bajó y dispuso su gente al asalto. A poco dejóse oír muy distintamente el ruido del carruaje y entonces, saliendo de

improviso los asaltantes, lo rodearon é hicieron una descarga sobre los conductores que cayeron muertos en el acto. En seguida desengancharon las mulas, cargaron dos con la plata y algunos otros objetos de valor que hallaron en el coche, incendiaron este y, después de quitar las cabelleras á los dos infelices conductores haciéndoles una incisión al derredor de la cabeza y arrancándoles la piel del cráneo, se retiraron alejándose del camino.

Muy corto trecho habían andado cuando divisaron en la llanura á un pastor que apacentaba algunas ovejas; inmediatamente dió orden el Jefe de que se apoderaran de él y mandó amarrarlo por la cintura y el cuello al tronco de un espino, haciendo que le pusieran á corta distancia, pero de modo que no lo pudiera alcanzar, el botijo en que aquel desgraciado llevaba el agua para apagar la sed.

Hecho esto, la banda tomó el camino de su guarida adonde llegó bastante entrada la noche. Allí Morán ordenó á Martinez que hiciera el reparto de la plata y demás objetos robados, sin que le recerbara nada á él; después, mandó que permanecieran en la cueva hasta nueva orden, y cambiando su disfraz por el vestido que acostumbraba llevar, se encaminó rumbo á Chihuahua.

VIII.

A L A R M A.

Dos días habían pasado de estos sucesos, cuando el Jefe Político de Camargo avisaba oficialmente á la capital del Estado que los indios habían vuelto á invadir aquel cantón.

Los detalles eran espantosos.

Se decía que la diligencia había sido asaltada, quemada y sus cocheros asesinados; que las mulas habían sido también muertas á lanzadas sobre el camino, exceptuando dos que habían desaparecido, y que una gran cantidad de plata había sido robada.

Añadíase que, no lejos del teatro de estos sucesos, se había encontrado á un pobre pastor muerto y amarrado fuertemente en el tronco de un espino; que se le había hallado sentado, con la lengua enormemente salida como queriendo alcanzar con ella la vasija con agua que tenía inmediata; que en la actitud de los brazos y manos, que presentaban profundas mordeduras, y de sus ojos, de tal modo abiertos que parecían salir fuera de sus órbitas y clavados hacia el sitio donde el agua estaba; podía conocerse que aquel infeliz había muerto en medio de la desesperación que produce el más horrible de los tormentos, el de la sed.

En fin, se decía, que aunque se había procurado se-

guir la huella de los indios, ésta se perdía en las vertientes de la sierra, donde sin duda se habían internado.

Como era consiguiente, la alarma cundió por todas las poblaciones del Estado. Algunos años hacía que aquellos infortunados habitantes descansaban de la terrible plaga de los indios. Retirados éstos á las reservas americanas ó ejecutando sus correrías en los más remotos confines del Norte, habían cesado sus ataques y las fincas de campo empezaban á prosperar de nuevo, y los criadores de ganado ya no tenían que andar perpétuamente con el rifle al hombro.

Púsose en movimiento parte de la fuerza de seguridad del Estado; pero después de algunas marchas infructuosas, nada pudo encontrarse. Por lo demás muchos días pasaron sin que los indios volvieran á aparecer. Se creyó que había sido sólo alguna partida aislada, que en su violenta marcha y simplemente de paso, había cometido aquellos crímenes.

José Morán, entre tanto, permanecía en Chihuahua dejándose ver por todas partes y concurriendo á todas las reuniones.

Oía con profunda calma las alarmantes noticias y los comentarios que se hacían sobre el reciente ataque de los salvajes. Sabía por donde se les perseguía y las medidas que contra ellos tomaban las autoridades.

Aprovechando estas ventajas y cuando la calma volvía á restablecerse, desaparecía de la ciudad con el pretexto de que iba á alguna de sus haciendas y se entregaba á nuevos actos de salvajismo.

Durante algún tiempo, aquella banda tan habilmente manejada, atacó haciendas, incendió ranchos, robó y mató á su placer sin que jamás se le pudiera dar alcance. La ferocidad del jefe de aquellos bandidos, aumentaba día á día; se gozaba en la egonía de sus víctimas; mataba por placer y se embriagaba con la sangre como para olvidar el horrible despecho y los terribles celos que, desde el enlace de Carmen, lo atormentaban. Nunca participaba del producto de sus robos; para él esto no significaba nada. Acariciaba una horrible venganza y, astuto en sumo grado, esperaba friamente que se cumpliera.

IX.

LA CARTA.

Carlos y Carmen vivían felices; amábanse con amor inmenso y ni la más ligera nubecilla empañaba el purísimo cielo de su dicha.

Carlos poseía una hacienda situada á pocas leguas del Parral llamada Santa Cruz de Neiros; y, en épocas determinadas se trasladaba á ella para volver, concluidas sus ocupaciones, á gozar de la compañía de su linda y amante esposa.

La hacienda de Santa Cruz, como la mayor parte de las de el Estado de Chihuahua, tiene una amplia casa rodeada por fuerte y elevada muralla de piedras. Cu-

bre cada uno de sus cuatro ángulos un macizo torreón. En uno de los lados de la muralla se abre una ancha puerta que defienden dos baluartes laterales. En el interior hay grandes patios y corrales donde pueden, en caso ofrecido, encerrar la caballada y el ganado.

Solo con estas precauciones pueden aquellas fincas existir y defenderse de los ataques de los salvajes.

Llegado el tiempo en que debía herrarse el ganado, Carlos se despidió de Carmen ofreciéndole volver pronto y se dirigió á Santa Cruz. Ocho días habrían pasado después de su partida, cuando Carmen recibió una carta del administrador de la hacienda, en que se le noticiaba que su esposo se hallaba gravemente enfermo. Inmediatamente resolvió ponerse en camino acompañada de algunos mozos armados, para reunirse con Carlos.

No se decía que hubiese indios por aquellos rumbos y muchas semanas habían pasado sin que se volviera á tener noticia de sus acostumbradas depredaciones; por cuya razón Carmen no abrigaba temor alguno en ese sentido.

La hacienda se hallaba bastante retirada de Chihuahua, y el camino no se podía hacer en menos de dos días. El primero se paso sin ninguna novedad. Carmen estaba desesperada y hubiera querido seguir el viaje en la noche; pero los mozos y la remuda necesitaban descanso, y hubo de resignarse á pasar la noche en la posada. Al otro día, de madrugada, mandó enganchar

de nuevo, poniéndose en marcha la comitiva. Caminaron sin descansar la mayor parte del día; Carmen, impaciente, sacaba con frecuencia la cabeza por las portezuelas del coche por ver si distinguía los parduscos torreones de la hacienda de Santa Cruz; por fin, alcanzaba ya á verlos cuando de improviso se oyeron los alaridos de los apaches que al mismo tiempo se presentaron haciendo fuego sobre los mozos. A la primera descarga algunos cayeron gravemente heridos, los otros recobrados pronto de la sorpresa, resistieron parapetados tras de las ruedas del coche; pero, después de algunos momentos de pelea, todos sucumbieron no quedando con vida más que Carmen que muda de terror yacía sin sentido en el interior del carruaje. José Moran apareció, y rápido como el relámpago asió por la cintura á la infortunada joven, y la arrastró consigo en vertiginosa carrera. Los suyos le siguieron dejando en el campo los cadáveres de los que habían caído bajo sus certeros golpes.

X. SORPRESA.

El lector ha adivinado, sin duda, que la desdichada esposa de Carlos había sido víctima de una infame celada.

El astuto Jefe de los supuestos salvajes había man-